

Revolución en el jardín

(Fragmentos)

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

LA HABANA

Tuve la impresión de que el edificio del aeropuerto de La Habana era muy pequeño y estaba muy oscuro. Yo estaba parado, bobeando, a media pista, con los demás pasajeros, mientras el sobrecargo y la azafata tenían una discusión: él decía que teníamos que esperar a que abrieran no sé qué oficina y ella le contestaba “¿Pero qué importa, chico, no ves que todos son diplomáticos?”, lo cual, huelga decir, era falso. Por fin ella tomó su maleta y nosotros la seguimos. No habíamos dado tres pasos cuando vi que hacia nosotros venía un grupo de unas veinte personas, encabezadas por una mujer de pelo blanco vestida de miliciano y un señor ya grande, de anteojos y vestido de lo mismo.

—Es Haydeé Santamaría y su séquito que vienen a recibirme —dije para mi fuero interno.

Estaba equivocado, ni era Haydeé Santamaría, ni venían a recibirme a mí, sino a una señora de azul marino.

Luego, en una de esas salas de aeropuerto, con muchos cristales y asientos forrados de colores claros, nos preguntaron cuánto dinero traíamos, de dónde veníamos y por qué. El caso es que diez minutos más tarde ya me habían quitado mi pasaporte, entregado una contraseña y un papel muy extraño (que pertenecía a otro pasajero y que me dieron por equivocación) en el que se declaraba que el portador llevaba “cero” dólares. Yo estaba en la sala donde abren las maletas, sin que nadie abriera la mía, porque era invitado del Gobierno. Nadie había venido a recibirme. Pregunté qué hacer. Los demás pasajeros se habían ido y los teléfonos públicos estaban cerrados. Pero todos eran muy amables y un agente de la aduana arregló que me prestaran el teléfono de la oficina y luego le preguntó a un joven que se veía muy enterado qué se hacía con los invitados del Gobierno.

—Llame al ICAP.

El mismo empleado marcó.

—Bueno, ¿Habana Libre? Bueno, ¿Habana Libre? Oiga usted, necesito el ICAP. Ah, gracias —colgó y marcó otro número.

—¿ICAP? —me pasó el teléfono.

—Bueno, habla Iburgüengoitia —dije, como si eso fuera a resolver algo.

—Díales que es invitado del Gobierno —me aconsejó el agente.

Entonces, empecé con una relación.

—Soy Jorge Iburgüengoitia. Mi novela fue premiada en el Concurso de la Casa de las Américas. Estoy invitado, pero no vino nadie a recibirme. Soy mexicano...

—Oiga. ¿Me oye bien?

—Sí, perfectamente.

—Porque yo no le oigo nada. No entiendo lo que usted me dice.

Volví a comenzar, “es que me invitaron...” Pero lo más irritante fue mi nombre. Por fin, él me dijo:

—Pues mire, voy a llamar a la Casa de las Américas, si es cierto de que hay alguien de ese nombre invitado por ellos, le mandaré un automóvil. De cualquier manera tiene usted que esperar cuarenta minutos, que es lo que tarda el auto en llegar hasta allá.

Cuando colgué el aparato, le expliqué al empleado la situación y a él no le pareció mal. Confortado con esta seguridad, salí al salón de la Aduana y me senté en una silla giratoria que había enfrente de un escritorio desocupado. Mientras tanto, habían dado no sé qué horas y todos los empleados se fueron yendo, excepto uno que apagó las luces menos un *spot*, se sentó en otro sillón giratorio, se quitó los zapatos, recargó los pies sobre una de las planchas y se puso a leer la *Vida de María Antonieta*, de Stefan Zweig, en una edición mexicana pirata. Otros dos, más jóvenes, anduvieron de un lado para otro fumando puros y bromeando hasta que entraron en la oficina y empezaron a hacer llamadas telefónicas.

Durante los cuarenta minutos que siguieron, estuve pensando que si en Cuba hacían las cosas como en México, estaba yo

completamente perdido, porque iba a ser cosa de hacer un oficio por triplicado, pidiendo al Secretario de Gobernación asilo político o no sé qué tonterías.

Uno de los empleados jóvenes salió de la oficina precisamente cuando estaba yo mirando mi reloj y viendo que los cuarenta minutos habían pasado. Se acercó y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo le dijeron que esperara?

—Cuarenta minutos.

—Es bueno que vuelva a llamar por si se les ha olvidado.

Pasé a la oficina con él y estábamos marcando el número, cuando entró en la aduana una mujer. Tenía el pelo bastante corto, teñido de rubio platino, con un traje azul de los llamados chemises, unas sandalias sin tacones que le permitían pisar con gran seguridad y una bolsa de mano en donde podían caber *Las mil y una noches*.

El joven me dio un codazo.

—Vienen por usted.

—Soy Alicia Riva, del ICAP —me dijo ella.

Le dije mi nombre y le di mis papeles, que ella revisó. Luego traté de arrebatárselos, pero ella frustró mi intento con un movimiento muy bien ensayado y me contestó:

—Esto lo guardo yo.

Y esto, a mí (que acababa de leer *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt, en donde dice que el que pierde el pasaporte más le valiera no haber nacido) me pareció la catástrofe, porque ya en la aduana me habían quitado mi pasaporte ¡y ahora la mujer ésta me quitaba hasta la contraseña!

Pero no perdí la serenidad. Tomé mi maleta y la seguí. Comprendí que había perdido la primera escaramuza y decidí darle una tregua y hacer después otro intento (aunque fuera a golpes) de recuperar mi contraseña.

Yo me senté atrás y ella subió en el asiento delantero del automóvil, junto al negrito que manejaba y adoptó el papel de guía:

—Ésta es la carretera de Rancho Boyeros, que es como se llamaba antes el lugar en donde está ahora el aeropuerto. Éste es el Auditorio del Pueblo. Éste es el Ministerio de Tal. Éste es el Ministerio de Cual. Ésta es la Plaza de la Revolución; aquí se reúne el pueblo para oír a Fidel.

Yo volteaba para todos lados. Casi todo había sido comenzado en tiempo de la Dictadura y terminado por el Gobierno Revolucionario.

Luego hablamos de autobuses y cada vez que nos cruzábamos con alguno, ella o el chofer me explicaban si era checo, polaco o húngaro.

No me acuerdo quién bajó la maleta en el Habana Libre, pero el portero la llevó unos cuantos metros hasta donde se suponía que debería recogerla un *bell boy*, pero yo (que no quería perder mi maleta, ni de vista a Alicia Riva, que estaba a medio *lobby*, camino al mostrador) la tomé y cuando iba caminando con ella, se acercó el *bell boy* y me la quitó. (Nunca sabré si creyó que estaba robándola o si le pareció *lesse majesté* que yo cargara algo.)

El caso es que, como ya dije, me la arrebató para dejarla, completamente abandonada, a medio *lobby*.

Sin quitarle el ojo a mi maleta, fui a pararme junto a Alicia, que hablaba con el recepcionista. Puse los codos sobre la barra y por primera vez me di cuenta de lo que me rodeaba.

Estaba yo en un *lobby* del más puro estilo Babilónico-Hilton. Cerca de la oficina de recepción había unas tres docenas de intelectuales latinoamericanos, discutiendo el porvenir de la humanidad, o decidiendo “si vamos al Capri o vamos al Anacapri” o esperando a una señora que había ido al baño. Más lejos, cruzaron en ese momento dos negras con vestidos tan ajustados que parecía que iban a reventar y que me hicieron pensar: “Bueno, si estas dos no son putas, ¿qué pueden ser?”

Luego vi la escalera colgante que conduce al *mezzanine*, por la que en ese momento subían dos borrachos dando traspies, y bajaba una música tropical y una mezcla fuertísima de vapores de sudor, humo de tabaco y ron. Pasaban constantemente grupos de hasta doce parejas de jóvenes muy alegres que venían a pasar la noche del sábado al Habana Libre; de vez en cuando,



"con conocidos, con desconocidos o a solas"



"mientras caminaba se fueron abriendo las cafeterías"

como oleadas de conversación excitada, llegaban las noticias de las elecciones de Reina del Carnaval. Lo más impresionante era la incongruencia entre la arquitectura y el público, porque en vez de los *retired Hoboken* que llenan los sábados en la noche todos los Hilton del mundo, estaba este público pobretón, muy alegre y numerosísimo.

Mientras yo estaba absorto en todo esto, Alicia Riva me había conseguido una habitación en el cuarto piso y una tarjeta de crédito en la cafetería del hotel. Así que me hizo firmar no sé qué cosas, me devolvió los documentos que tanto me habían preocupado, se despidió de mí y desapareció entre el gentío.

Un *bell boy*, bastante viejón y solemne, con una chaqueta llena de galones y filigranas, tomó mi maleta y me condujo a mi habitación. En ella había dos pequeñas camas tendidas, además de las dos de costumbre, que también estaban tendidas; todo en perfectas condiciones y muy limpio. En el baño encontré cierta herrumbre en las tuberías, causada quizá por la falta de repuestos y que las toallas eran demasiado pequeñas y delgadas para ser de un Hilton; pero, de cualquier manera, el baño era bueno.

Por La Rampa (que es una calle) bajaba y subía tal gentío de negros y blancos, que apenas se podía caminar. Unos salían del cine y otros entraban en los bares y cabarés que allí abundan. En las esquinas hay postes con letreros iluminados que indican, con flechas, la dirección de los diferentes centros nocturnos. Mi primera impresión fue que todo el mundo allí se conocía, pero no tardé en descubrir que en Cuba se habla con conocidos, con desconocidos o, cuando no hay nadie, a solas. El caso es hablar.

Al cabo de dos cuadras de gran animación, se acabó todo y llegué a una calle desierta, en donde el único ser viviente era un señor de camisa de mezclilla, que estaba sentado en una silla con una ametralladora sobre las piernas. Para evitar dificultades, me fui caminando por el borde de la acera, fingiendo estar absorto en una exposición de escenografía que estaba enfrente, en la Casa de la Cultura Checoslovaca. Así caminé hasta llegar a una calle demasiado ancha para ser cruzada sin peligro, porque los automóviles corrían por ella a gran velocidad. Más tarde descubrí que era el malecón y que al otro lado estaba el mar, pero esa noche creí que se trataba de un parque. No sé por qué.

Tenía hambre, así que decidí regresar a la civilización. Y eso hice, dando la vuelta a la manzana, para no volver a encontrar al de la ametralladora. Cuando estuve otra vez entre el gentío, descubrí con tristeza que en las cafeterías cubanas no se vende más que café y esa noche, ni siquiera eso, porque ya se había acabado y estaban sirviendo manzanilla. Entre la gente vi a varios hombres que vendían algo que estaba en un bote humeante que tenían enfrente, como sucede en México con los tamales, pero no me atreví a acercarme por temor de que fueran fotos pornográficas o algo. Fue una gran estupidez, porque después descubrí que eran tamales.

Cuando regresé al hotel me di cuenta de que en el *lobby* había instalado un trenecito eléctrico. Subí a mi cuarto y meditando sobre el posible objeto del trenecito, me dormí.

El despertar fue bastante alarmante. Mi habitación daba de lleno a la parte de servicio de una casa de departamentos de unos quince pisos y en la ventana de una de las cocinas estaba un hombre provisto de enormes catalejos enfocados hacia el hotel. En la actualidad estoy convencido de que este hombre era un *voyeur* común y corriente, pero en ese momento creí que estaba siendo observado por un agente de la NKVD, de la CIA, de la FBI, o de la G2. Aterrado, salté de mi cama y entré corriendo en el baño, de donde salí un poco más tarde disfrazado de miliciano (esto ocurrió sin que yo me diera cuenta, pues toca la casualidad de que los pantalones de dril verde y las camisas de mezclilla azules que yo uso a diario en México, son allí uniformes de miliciano). Cuando salí del baño, digo, vi con alivio que los catalejos estaban dirigidos hacia una ventana que quedaba aproximadamente en el piso catorce, en donde probablemente una señora estaba entregada a algún rito matutino.

Bajé a la cafetería y me senté a la barra, en un asiento que era atendido por una mulata barrigona muy simpática, que estaba discutiendo cuestiones de sociología con uno de los meseros y un electricista. Se separó de ellos y me puso enfrente un mantel individual de papel y un vaso con agua y hielo.

—¿Qué desea desayunar? —me preguntó.

—Huevos con jamón y café con leche —respondí. Inútilmente, por cierto, porque no había huevos, ni jamón, ni café, y leche sólo para los lactantes. En cambio, había unos *sandwichs*

sensacionales de galantina, mortadela, salami y queso, con pepinos en salmuera, que me gustaron muchísimo y que fueron mi desayuno constante durante los quince días que estuve en Cuba.

Salí a la calle. Era un domingo a hora temprana. Había poco tránsito y las aceras estaban casi desiertas. Me fui caminando sin rumbo fijo por unas calles estrechas y bastante torcidas. Toda La Habana estaba recién pavimentada pero el petróleo ruso tiene un elemento del que carece el nuestro, o bien había faltado en la mezcla algún ingrediente sólido, porque el pavimento tenía una apariencia húmeda y viscosa y al cruzar las calles se hundían mis zapatos, a tal grado que por un momento temí quedarme pegado a la mitad y ser atropellado por algún gigantesco camión de los que pasaban a toda velocidad.

Mientras caminaba, se fueron abriendo las cafeterías y una que otra cervecería. También había unos pequeños mostradores portátiles, en donde estaban, ordenadas en hileras, copas con ostiones. De vez en cuando, en alguna esquina, un hombre fabricaba churros en un gran perol.

Ese día y los siguientes tuve oportunidad de caminar con frecuencia por las calles de La Habana y pude darme cuenta de los fenómenos que voy a relatar a continuación.

Ropa, etcétera: Los hombres se visten con pantalones muy anchos y camisas sueltas, como batas de maternidad y las mujeres, a la española o a lo negra; es decir, con camisa y falda de corte muy recto, o con escote cuadrado y un botón veinte centímetros abajo de la región glútea, que convierte la falda en una especie de funda y que hace resaltar dicha región; también, en los días de guardia, ellas se visten de miliciano, con una camisa azul y unos pantalones que tienen un zipper larguísimo en la parte de atrás. Este zipper provoca en el extranjero un deseo de bajar el cierre a traición, que se resiste solamente al observar la pistola que generalmente lleva en el cinto la dueña de los pantalones, del zipper y del cierre. En general, aunque no puede decirse que la gente se vea elegante, tampoco se ve miserable, ni remendada. La ropa de los escaparates de las tiendas es triste, monótona y tengo entendido que está racionada, pero no hay miseria.

Comida y bebida: En un restorán normal un filete cuesta \$6.00, media langosta \$3.50 y un picadillo \$3.00; ¹ la mayoría de los cubanos prefiere el picadillo o el filete. Las tiendas de abarrotes, se dice, han dejado de serlo, para convertirse en centros distribuidores de alimentos racionados. Ahora bien, aunque la cosa no es como para morir de hambre, no cabe duda de que hay escasez de muchos artículos. Por ejemplo, durante quince días estuve tratando de tomar un daikiri, pero no pude conseguir un limón, sino toronja, en el mejor de los casos; tomé dulce de frutabomba (papaya), pero no vi una sola frutabomba (papaya); vi pasta de guayaba, pero no vi una guayaba; vi unos plátanos, pero no pude comprarlos, porque estaban apartados para la Familia X. Debido a que los cubanos son unos maniáticos, se vende café sólo a determinadas horas, porque si se vendiera a todas, se tomarían veinticinco tazas diarias cada uno. Parece que lo mismo ocurre con la cerveza, pero nunca descubrí el mecanismo, porque había veces que iba yo por la calle y me encontraba con grupos de mucha gente que tomaba cerveza, y había otras en que no me encontraba a nadie que tomara cerveza; un día entré en una tienda y pedí una cerveza y el dueño me dijo que tenía yo que esperar hasta las dos, pero me di cuenta de que una señora estaba guardando en una bolsa dos botellas que acababa de comprar. Para aumentar la confusión, debo decir que nunca llegué a distinguir bien a bien entre las cantinas, las cervecerías, las tiendas de abarrotes y los cafés y hasta me llegó a suceder que entré en una panadería a pedir un bacardí con agua.

Varios: Hay algo, sin embargo, que no está racionado, que son las imágenes de santos. Las tiendas de santos estaban no sólo atestadas de mercancía, sino aparentemente gozando de gran prosperidad. En La Habana puede uno comprar Sagrados Corazones de todos tamaños y por docena.

El tránsito, como ya dije, es abundante, pero no tan violento como el de México. Puede uno cruzar las calles con relativa seguridad, a pesar de que los semáforos están siempre en un lugar en donde ni peatones ni automovilistas pueden verlos. En la época en que estuve en Cuba, la falta de autobuses, me dijeron, había llegado a su máximo. Pero la situación no era crítica, ni mucho menos, sino solamente muy molesta para los que trabajaban, que tenían que esperar al autobús un buen rato al rayo del sol y cuando pasaba venía como una lata de sardinas. De combustibles, en cambio, no había escasez y por las calles

pasaban muchísimos automóviles de fabricación norteamericana, con refacciones sacadas de no sé dónde, porque no se veía que estuvieran cayéndose en pedazos, ni mucho menos.

EL VIAJE AL INTERIOR

—Yo soy su chofer —me dijo Galíndez, cuando me presenté en las oficinas del ICAP a las siete y media de la mañana. Era un tipo flaco, pelirrojo, narigón, de ojos claros y con la piel más arrugada que he visto nunca; cuando se reía parecía que iban a caérsele las orejas, y además tenía dientes de oro.

Salimos al *lobby*. Él me señaló a un grupo de tres personas.

—Allí están los otros compañeros.

Roberto Matta estaba elegantísimo (con *gaznet*, camisa de jersey azul marino y traje de gabardina color arena) abrazado de una botella de Ballantine; a su lado estaba Olga, delgadísima, con una melena caoba, uniforme verde olivo y pistola al cinto; una especie de Santa María Egipcíaca socialista; el tercer personaje, Aghioun, era una especie de Ives Montand con diez kilos de más y un ojo ligeramente estrábico.

Subimos al coche, que era tan largo, que nunca llegué a la punta para averiguar la marca. Aghioun y yo íbamos atrás y Galíndez, Olga y Matta, adelante. Así empezó el viaje al interior.

Cuatro horas más tarde, en Santa Clara, subí al comedor, que quedaba en el último piso del hotel y encontré a Matta asomado a una ventana mirando extasiado la plaza principal.

—Es formidable —comentó—. Igual que la Crimea. Parece imposible que existan en el mundo dos pueblos con tan poco sentido arquitectónico.

Enfrente estaban dos edificios del gobierno, con varios frontones dóricos de proporciones ciclópeas; a nuestra derecha, unos edificios con portales, en donde hay cantinas y cafés, y junto a ellos, para terminar la cuadra, una casa diminuta, gris, con rejas de hierro en las ventanas; a la izquierda y sobre la misma acera que el hotel estaba el casino, muy garigoleado, con terrazas rococó y volutas en las balaustradas, y a nuestros pies, el hotel: un rascacielos verde oscuro de siete pisos. En el centro de la plaza hay un kiosco y dos estatuas, una de las cuales representa a una señora sentada en una silla, mirando al piso.

Cuando llegó Olga, nos dijo:

—En este hotel hubo una gran batalla. Aquí estaba refugiado Camilo y los de Batista balacearon el edificio. Todavía pueden verse los impactos.

Cuando llegó Galíndez, nos dijo:

—En este hotel hubo una gran batalla. Aquí estaban refugiados los de Batista y Camilo tuvo que horadar todas las casas de la manzana, hasta llegar aquí atrás.

—Que no, chico, que Camilo era el que estaba aquí.

—Que no, Olga, que te digo que no, que los que estaban aquí eran los de Batista.

—Que no... etcétera.



"se tomarían 25 tazas diarias de café"

¹ Hay que tener en cuenta que estos precios son para los no asimilados a la Revolución, porque los 'asimilados', se comen un filete, muestran una credencial y pagan 60 centavos.

—Éste es el patio de descarga, aquí es donde llega el material en bruto y se prepara para su elaboración —nos dijo el técnico encargado de explicarnos el funcionamiento de la fábrica de refrigeradores que estaban construyendo en la entrada de Santa Clara.

—Un momento —interrumpí yo, que estaba haciéndome el muy enterado— ¿a qué llama usted material en bruto?

—A unas placas de acero.

—¿Y de dónde vienen esas placas de acero?

Aquí intervino Olga:

—De las fundiciones, chico, que Cuba está llena de fundiciones.

—Exacto —dijo el técnico, que era un muchacho de veinte años.

Tuve que traducirle a Aghioun, en mi detestable francés. Matta no estaba con nosotros.

—Éstos son los troqueles: el material es cortado en frío y después se calienta y se somete a una serie de procesos que le van dando la forma requerida. Éstos son los hornos.

—*Demande lui où est le mazout?* —dijo Aghioun.

—¿Dónde está el combustible? —traduje.

—El combustible... el combustible... —el técnico dio vueltas alrededor del horno— probablemente sea un horno eléctrico.

Pero Aghioun, con una terquedad diabólica, señaló una pieza que excluía la posibilidad de que el horno fuera eléctrico.

—Llamaré al responsable de esta sección, porque yo no estoy muy enterado —dijo el joven y se alejó. Regresó a los pocos minutos acompañado de otro muchacho todavía más joven—. Díles aquí a los compañeros dónde está el combustible.

El otro habló unos cinco minutos explicándonos el funcionamiento del horno.

—¿Cuántos refrigeradores va a producir esta fábrica?

—preguntó Olga.

—Hasta setenta diarios.

—¡Ahora sí que todos tendrán refrigerador en Cuba! —dijo Olga, batiendo palmas.

—Ésta es la sección de lavado: cada unidad, una vez soldada, es sometida a la acción de varios agentes químicos que dejan su superficie preparada para el esmalte. Éstos son los tanques de lavado.

—Ah, comprendo —dije yo—: son cinco tanques, para lavar cinco refrigeradores al mismo tiempo.

—No, cada refrigerador es sometido a cinco compuestos químicos diferentes.

Me molestó tanto estar equivocado, que decidí entrar en una discusión bizantina para salvar mi reputación.

—El hecho de que cada tanque tenga un compuesto químico diferente, no excluye la posibilidad de que haya simultáneamente cinco refrigeradores en los tanques de lavado.

—En efecto, si así se desea —me dijo el técnico.

Aquí cabe hacer una digresión. En Cuba, hay tantos visitantes y los tratan tan bien y son tan pacientes con ellos, que una buena parte de los técnicos responsables pasa su tiempo respondiendo a preguntas idiotas o impertinentes, como las que Aghioun y yo hicimos esa tarde, pues interrogamos a los pobres muchachos como si fuéramos a instalar una fábrica de refrigeradores al día siguiente.

Estos dos jóvenes tenían orígenes muy diversos, el primero había sido mecánico en un garage y el otro, estudiante. Habían hecho un viaje a Checoslovaquia en donde habían aprendido casi todo lo que sabían.

—¿No tuvieron problemas de idioma? —les pregunté.

—Los instructores hablaban español —me contestaron.

—¿Y qué harán después de que terminen de instalar esta fábrica? ¿Se quedarán aquí administrándola, o irán a instalar otra?

—Nosotros haremos lo que la Revolución ordene.

—*Demande eux où est le dépôt du mazout* —ordenó Aghioun.

Estuvimos un cuarto de hora buscando el depósito del combustible, y después otro cuarto de hora tratando de explicar su inexistencia.

—Probablemente el Consolidado de Industrias ha determinado que esto sea lo último en instalarse —dijo uno de los muchachos.

—O bien, el combustible vendrá directamente de la refinera por conductos y no habrá necesidad de hacer depósitos —dijo el otro.

Ya habíamos aceptado cualquiera de estas dos versiones, cuando descubrimos que frente a nuestras narices se levantaba una enorme torre, en cuya parte superior descansaba el "*dépôt du mazout*".

Ya era tarde. Los trabajadores se habían ido. Los muchachos



"¡Ahora sí que todos tendrán refrigerador en Cuba!"

nos acompañaron hasta el automóvil y allí nos despedimos muy cordialmente.

Olga y Galíndez venían muy orgullosos de la magnitud de la fábrica y del entusiasmo de los técnicos. Nosotros les dábamos la razón. Pero en cierto momento, Aghioun se volvió hacia mí y me dijo confidencialmente.

—*Tout est tres bien, mais qui va a acheter cettis frigidaires?*

—*Le peuple* —le contesté.

—*Mais c'est pas le peuple qui achete des frigidaires, c'est la "middleclass", et la "middleclass" cubaine n'est plus à Cuba, elle est à Florida, en achetant des frigidaires americaines.*

Cuando nos preparábamos a emprender nuestro camino hacia Cienfuegos llegó un automóvil y de él se apeó una especie de Oscar Homolka, uniformado de verde olivo. Era el soldado Enríquez, Responsable de las Actividades Culturales del Quinto Ejército. Venía encargado por el comandante Gálvez de acompañarnos, con el objeto de que lo ilustráramos durante el viaje; o mejor dicho, que lo ilustrara Matta.

En realidad, fue Enríquez el que nos ilustró, pues mientras el coche recorría la carretera que entra en el Escambray, nos fue contando la historia de su vida, el funcionamiento de la Defensa Revolucionaria y varios episodios de la mitología cubana.

Enríquez, como todos los cubanos con quienes tuve contacto, sentía que la Revolución había transformado su vida. Antes de aquella, él era un agente viajero pobretón; su esposa, una ama de casa malhumorada y sus hijos, unos buenos para nada; ahora él era Responsable de las Actividades Culturales del Quinto Ejército (y a pesar de ser soldado raso, a veces le daban tratamiento de teniente coronel), su mujer era Jefa de Manzana y Responsable de la Repartición de Banano (o algo semejante) y sus hijos estaban becados y estudiando en La Habana.

La Defensa Revolucionaria es un organismo que tiene por objeto, como su nombre lo indica, defender la Revolución.

Hay un responsable de zona, otro de sector, otro de barrio, otro de manzana y otro de cuadra.

—Se trata de organizar al pueblo "a nivel de cuadra" —dijo Enríquez.

Cada uno de estos personajes tiene, entre otras funciones, la de llevar un registro de los habitantes de su jurisdicción con fines de racionamiento. Es decir, que sabe quién vive, dónde y cuándo se cambia y a dónde. Otra de sus funciones consiste en combatir cualquier acto de sabotaje cometido dentro de su juris-

dicción. Es decir, que la organización tiene al mismo tiempo una función cívica y alimenticia y otra claramente policiaca.

Empecé a interrogarlo:

—¿Es verdad que el Gobierno expropió las casas y se las regaló a los que las habitaban?

—No. Se supone que la inversión que ha hecho un propietario al construir una casa se amortiza en veinte años. Es decir, todas las casas que tienen más de veinte años de construidas pasaron a ser propiedad del Estado.

—¿Y los inquilinos viven en ellas gratis?

—No. Pagan al Estado una cantidad que es el 10% de su salario.

—¿Y qué pasó con las casas que tienen menos de veinte años de construidas?

—Se hizo un avalúo de ellas y se fijaron rentas de acuerdo con el principio que establece que a los veinte años de construida, la casa debe estar amortizada.

—¿Y qué hacen los dueños?

—Reciben esa renta.

—¿Y pasados los veinte años?

—Pasados los veinte años o se asimilan a la Revolución o se van del país.

Matta no quiso visitar Trinidad cuando supo que era una ciudad tradicionalista y reaccionaria y "prefirió imaginársela" recostado en un bungalow del INIT. Aghioun y yo, en cambio, fuimos por las calles, que eran muy bonitas, tomando fotos, hasta que llegamos a la parroquia, o catedral, que estaba cerrada.

Al vernos curioseando, se acercó un muchacho de unos veinte años y nos preguntó si queríamos visitar la iglesia.

Como la mayoría de las iglesias cubanas, ésta no era memorable, pero cuando menos era una construcción de gran solidez y sobriedad, del siglo XVII. En 1910, un sacerdote aficionado a la carpintería emprendió la tarea magna de construir doce altares de maderas preciosas, que representan otras tantas catedrales góticas.

—Veinte años tardó el hombre en construir con sus propias manos este tesoro —nos informó nuestro acompañante—. Ésta que vemos aquí, es una imagen del Sagrado Corazón, adquirida en Francia en el año de 26. Esta otra, la de Santa Margarita María Alacoque, quien en sueños fue inspirada por el Divino Maestro y a quien debemos la hermosa devoción de los Nueve Primeros Viernes de Mes.

Perdido entre todo aquello, descubrimos un cuadro primitivo que aludía a la leyenda que dice que antes de zarpar, los barcos de Cortés estuvieron atados a una ceiba que está en la cercanías de Trinidad.

—Esta hermosa imagen de San Juan Bosco, fue adquirida en Roma por el señor Thomas Charleston y donada a esta iglesia...

Le dimos un peso cubano y salimos. En el portal de la iglesia encontramos a un hombre calvo y de guayabera, que trataba de alcanzar a unos niños que huían de él.

—Es el Señor Cura, que reúne a los niños para la doctrina —fue la última noticia que nos dio el *cicerone*.

Antes de llegar a Playa Girón propiamente dicha, nos detuvieron unos muchachos de camisa con vivos anaranjados que llevaban rifles automáticos. Eran los alumnos de la Escuela de Pescadores. Después de explicarles que éramos gente no sólo de paz, sino también de importancia, nos dejaron pasar a un campo en donde además de las instalaciones de la escuela había una batería de antiaéreos.

Allí nos bajamos del automóvil y fuimos a ver el agujero que hizo una de las bombas y un bungalow destruido en donde el día de la invasión había unos pobres que habían ido allí a pasar sus vacaciones.

Dimos un paseito por la playa, pensando en lo desagradable que habrá sido andar en la balacera con las nalgas mojadas. Después regresamos al coche y seguimos el viaje.

Salimos de la Escuela de Pescadores y después de recorrer unos cuantos kilómetros, llegamos al campo aéreo, que no es más que dos pistas y una caseta.

El motivo de nuestra visita a este lugar era El Avión.

El Avión es uno de los que traían los invasores que fue derribado y quedó convertido en un montón de escombros.

Olga y Galíndez nos esperaron en el coche, mientras Matta, Aghioun y yo estudiamos los restos del avión como quien mira el insigne dedo de San Francisco Javier.

Íbamos en el coche, muy quitados de la pena, cuando empezamos a ver que había casas en los árboles. Era el campo turístico de Playa Larga. Empezamos a ver gente, que fue aumentando en número y cuando llegamos al estacionamiento ya era un verdadero enjambre. Allí dejamos el coche, sacamos

las maletas y empezamos a caminar. No sabíamos qué horas eran, ni qué día de la semana, ni por qué había tanta gente, ni a dónde íbamos, ni si teníamos hambre.

Llegamos a un muelle. Había que cruzar la laguna para llegar a Guamá. En ese momento llegó una lancha de dos pisos, o mejor dicho, con sillas plegables en el techo, que venía repleta de gente que desembarcó en medio de una gran algarabía.

—Esto es lo que se llama un público espeso y municipal —le dije a Matta.

—No quiero que lo sepan los cubanos —me contestó—, pero a mí me encanta la soledad.

Una lancha de carreras que manejaba un negrito que no traía encima más que un saco "prince of Wales" y un pantalón de lona roto se acercó al muelle. Era para nosotros.

La lancha arrancó y empezó a navegar por unos canales que habían sido abiertos metiendo un muro de troncos sumergidos para separar los islotes, en donde había yerba y flores y algunos árboles.

Por el canal, llegamos a la laguna, la cruzamos y al rato estábamos otra vez en un canal. En ambos lados había islotes cubiertos de yerba verdísima, comunicados entre sí por puentes de madera rústica. En los islotes y construidas en parte sobre el canal, estaban las cabañas, figurando construcciones lacustres, nomás que de lujo y con todos los adelantos de la civilización; con techo de palma, pero con muros de maderas tropicales muy bien labradas y con vidrios de colores y persianas de madera en las ventanas. A las cabañas podía llegarse caminando por unos pasillos de troncos de palmera más elevados que el terreno, o bien remando en una lancha que podía atarse en el muelle que había en cada una.

—Cuando Fidel andaba mandando el ejército que rechazó la invasión —me explicó Galíndez—, pasó por aquí y dijo (porque entonces esto no era más que un pantano): "Quiero que aquí se construya un campo turístico para el pueblo, en donde los revolucionarios puedan vivir de la misma forma en que vivían nuestros antepasados." Así fue como se hizo esto.

Yo volteé para todos lados, mirando aquel Versalles cubano.

DE REGRESO

Un día, no recuerdo cuándo, cometí la torpeza de decir delante de Chiki Salsamendi que sería interesante un libro que hiciera un paralelo entre los respectivos servicios sociales, sistemas de educación y reformas agrarias de México y Cuba. Dos días antes de regresar a México fui al 1812, que es un restorán de grandes polendas con Chiki, María Rosa Almenndros y Adda Santamaría y cuando estaba comiendo unos canchales moros, Chiki dejó caer la noticia.

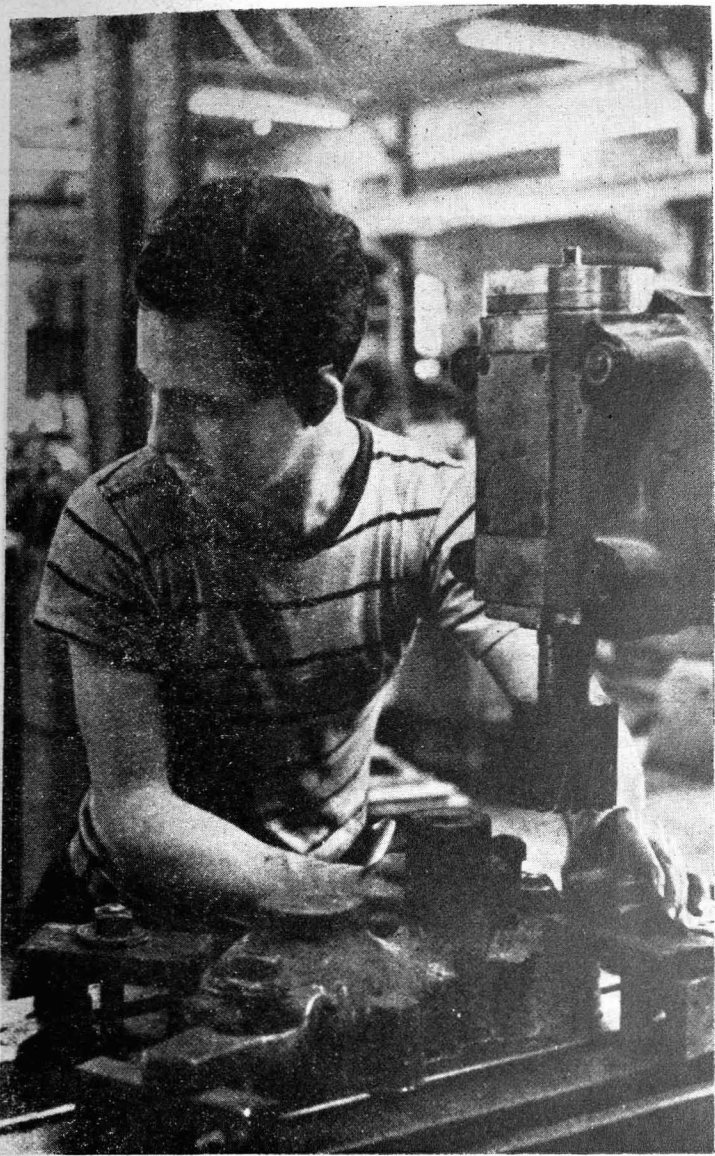
—Acaba pronto porque a las tres tienes cita con el Vice-ministro de Salud Pública.

No me enfurecí nomás porque la Casa de las Américas pagaba la comida.

—Pero si ya te había dicho que no quería yo ver celebridades.



"no sabemos qué horas eran ni qué día"



"como si fuéramos a instalar una fábrica"

—No te apures, chico, que yo te acompaño —dijo ella y luego me soltó la segunda parte de la noticia: al día siguiente tenía yo cita con los directivos del INRA.

A las tres llegamos al Ministerio de Salud Pública. Caminamos por pasillos vacíos, porque habían eliminado al 45% del personal que trabajaba en tiempo de Batista y, después de subir por un elevador y de cruzar una antesala desierta, nos hicieron entrar en una sala de consejo, también desierta.

Nos sentamos. Ambos estábamos aterrados. La Chiki porque tenía miedo de que yo cometiera alguna estupidez y yo porque tenía miedo de cometer una estupidez.

Entró el Viceministro. Era un hombre de treinta y dos o treinta y tres años, con bata blanca de médico, de anteojos, tez morena y dientes un poco arruinados. Llevaba una caja de diapositivas. La Chiki hizo las presentaciones.

—Este es el ganador del Premio de Novela y yo soy Salsamendi, de la Casa de las Américas.

Cuando volvimos a sentarnos, yo lancé la pregunta que había preparado. Ya no recuerdo cuál era. En cambio, recuerdo la respuesta del Viceministro:

—¿Nomás eso quiere saber?

—Bueno, si usted tiene tiempo... —dije.

Pues el hombre se soltó. Estuvo hablando dos horas y media de los dispensarios construidos en la punta de un cerro con materiales llevados en lomo de mula, de la emigración del 80% de los profesionistas, de la nueva organización de las Escuelas de Medicina y el servicio social que tienen que prestar las últimas generaciones de estudiantes, de las enfermedades tropicales, de la escasez de medicinas, etcétera. Me enseñó docenas de fotografías.

—Si a usted le interesa el asunto —me dijo—, el Ministerio le presta un *jeep* para que lo lleve a los lugares en donde hay problemas más interesantes.

—Me interesa muchísimo, pero desgraciadamente me voy pasado mañana —contesté.

—Pues regrese usted el año que entra, invitado por el Ministerio.

—Muchas gracias, así lo haré.

Nos despedimos fraternalmente, nos deseamos buena suerte y cuando íbamos en el elevador, Chiki me dijo:

—Qué tú crees, chico, este hombre vale mucho.

Y en efecto. Lástima que perdió tanto tiempo hablando conmigo.

A las ocho de la mañana me despertó el teléfono. Era Chiki:

—A las doce en punto tienes que estar en el INRA. Preguntas por la señora Fulana de Tal.

—Muy bien.

A las doce en punto llegué al INRA medio borracho.

Es un edificio gigantesco "comenzado en tiempos de la Dictadura y terminado por el Gobierno Revolucionario".

En el vestíbulo habían puesto sillas y un estrado y estaban preparándose para un acto cívico. Llegué al mostrador que decía INFORMACIÓN y pregunté por Fulana de Tal. Di mi nombre. Fue el sésamo ábrete. Alguien me metió en un elevador y me mandó al piso 12.

En el camino descubrí con horror que no sabía qué significaba INRA.

Dos minutos más tarde, estaba yo sentado en un sillón de oficina frente a dos mujeres de traje sastre y dos hombres de chamarra; todos de cincuenta años para arriba.

—Estamos a su disposición —dijo una de las mujeres—, preguntémos cualquier cosa que quiera usted saber. Nomás que voy a suplicarle que nos dispense a las 12.30, porque a esa hora el Instituto tiene un acto en memoria del revolucionario Pepito Tey (o algo por el estilo).

—Instituto... —dije para mis adentros y seguí diciéndome:

—Instituto Nacional de la Reforma Agraria. ¡Eureka!

Mientras tanto, entró el mozo con una bandeja y nos dio café, un vaso de agua helada y una servilleta a cada uno.

—Quiero que me expliquen ustedes a grandes rasgos, en qué consiste la Reforma Agraria Cubana —dije.

Aquí empezó la confusión, porque en Cuba ha habido en realidad tres reformas agrarias, o bien una reforma tres veces modificada; por otra parte, en ese momento había cuatro criterios en cuanto al método de exposición y, además, de vez en cuando alguien entraba a preguntar:

—¿Que dónde ponen la bandera?

Y por último, cada vez que yo quería entorpecer la explicación, preguntaba:

—¿Cuántas hectáreas tiene una caballería?

Por fin, acabaron dándome varios libros.

—Aquí podrá ver usted todo lo que le haga falta.

Esa tarde me entrevisté con el compañero Mariel.

El compañero Mariel llevaba un uniforme impecable y un portafolio.

—El objeto de mi visita es el siguiente —empezó diciendo Mariel—. Desde que era yo niño he sido un gran admirador de Emiliano Zapata. Lo considero uno de los héroes más limpios y más puros que ha habido en todas las revoluciones del mundo, así que cuando triunfó la revolución nuestra me dije: "muy justo es que la Revolución Cubana le rinda homenaje a Emiliano Zapata" y se me ocurrió lo siguiente: No sé si usted se habrá dado cuenta de que en La Habana existe una Avenida Zapata. No vaya a creer que se llama así en honor a Emiliano. Se llama así porque aquí vivía un español muy rico de nombre Zapata que era dueño de los terrenos circundantes y le puso su nombre a la Avenida. Pues bien, se me ocurrió lo siguiente: ¿qué mejor homenaje que ponerle a la Avenida Zapata, Avenida Emiliano Zapata? Hice una petición y el proyecto ya está aprobado por el Gobierno. Basta con tomar los letreros que dicen Avenida Zapata y agregarles el "Emiliano". Además, se demolerán las casas vecinas y se hará una gran avenida de cuatro carriles con dos camellones en el centro y prados a los lados. En los camellones se sembrarán framboyanes y toda clase de flores y plantas mexicanas. ¿Qué le parece?

—¡Formidable!

—Pues bien, quiero que usted me ayude en lo siguiente: quiero que los mexicanos regalen un busto de Emiliano Zapata, para ponerlo en el monumento que rematará la Avenida.

—Me parece factible. En México hay muchísimos bustos de Emiliano Zapata y estoy seguro que se puede arreglar que les manden uno.

Quedamos en que yo iba a encargarme de esto. Él cerró su portafolio, se levantó, se puso la gorra y al estrecharme la mano para despedirse, me dijo:

—Prométame que no se olvidará del busto de Zapata.

—Se lo prometo —le dije.

No se me ha olvidado el busto de Zapata, pero tampoco he hecho nada por que lo manden a Cuba.